

El pequeño fantasma de Edinburgo

Oscar López Risquez



Capítulo 1

El pequeño fantasma de Edimburgo.

Mi cuarenta aniversario estaba aquí, y como regalo por tan redonda ocasión, mi mujer decidió concederme un sueño. Un día, se presentó en casa con un amasijo de papeles, con un fantástico tour hecho a medida por el país de Wallace. Escocia, siempre la imaginé como una tierra de misterios y castillos. Un mundo envuelto en una aureola místico medieval apasionante, y ahora estaba a punto de respirarla. Costaba creerlo, pero quizás conocería a Nessie.

El vuelo desde Barcelona a Edimburgo transcurrió casi sin percibirlo, la ansiedad por llegar hizo que las dos horas de trayecto parecieran un puñado de minutos, acelerando la aguja del reloj de forma paranormal. Como buen amante de lo medieval, una de las primeras cosas que fui a visitar, tras mi particular colonización de aquella tierra, fue el Castillo de Edimburgo, una fortificación situada en el centro de la ciudad, tan antigua que data de la edad del hierro. Durante la visita a esta milenaria edificación, cuya fascinante historia me dibujaba una sonrisa de oreja a oreja, nos ocurrió algo muy extraño. El complejo era un recito visitable, aunque solo un cierto número de salas estaban abiertas al público. Estos espacios aparecían decorados con infinidad de objetos de todo tipo y épocas diferentes: coronas, cañones, espadas, vestimentas reales, así como pequeños rincones con elementos audiovisuales de su historia.

Estábamos explorando una de estas habitaciones, absortos en traducir los textos que rezaban en inglés bajo cada uno de los objetos expuestos, cuando algo distrajo nuestra atención de las vitrinas. Escuchamos una conversación en la estancia contigua, pero esto no era lo inusual, lo extraño resultaba que este diálogo se producía en catalán. A los dos, nos pareció una coincidencia muy sorprendente. ¿Qué probabilidades había de coincidir con un paisano en Edimburgo y visitando ese castillo? No soy muy ducho en matemáticas, pero imagino que no muchas. El bichito de la curiosidad nos picó y decidimos asomar el hocico para husmear un poco. Sería ya demasiada coincidencia que encima conociéramos a esas personas. Pero al escudriñar en profundidad la siguiente estancia, no encontramos a nadie allí. «Habrán cambiado de sala», pensamos. Sin darle mayor relevancia a algo tan anecdótico, proseguimos con nuestro paseo a través del medievo escocés. Tardé muy poco en volverme a sumergir entre aquellas magníficas reliquias, imaginando su historia gracias a mis limitados conocimientos del idioma anglosajón. Pocos minutos después, otro diálogo de similares características y en la misma lengua asalto nuestros oídos. La intriga despertada en nosotros, nos incitó a invadir la nueva habitación, pero en ella, solo encontramos una pareja, que, por el dialecto utilizado, presumí alemanes. No podía quedarme con

la duda, así que me dirigí a ellos.

—¡Hola! Perdonad. ¿Puedo preguntaros algo? —dije, con la mejor y más perfecta pronunciación castellana de la que fui capaz.

—Ich verstehe Sie nicht —Quedaba claro que eso no era la lengua de Ramón Llull.

—¿No tenéis ni idea de lo que os digo, verdad? I de català tampoc m'imagino? —proseguí, mientras el hombre me miraba intentando descifrar mi nivel de locura.

Vista la total incapacidad de generar un diálogo, y comprobada la hipótesis, regrese con mi mujer. Los dos nos miramos extrañados, ya que las cuatro paredes que perimetraban la nueva sala, tenían un único acceso, pues compartía la misma función de entrada y salida. ¿Cómo podía ser que no existiera nadie más allí? Si tan solo uno de los dos no lo hubiera escuchado, cabría la posibilidad de la duda, pero ambos lo habíamos hecho. No entendíamos nada en absoluto. ¿Qué estaba sucediendo? ¿Alguien intentaba tomarnos el pelo? Aquellos dos alemanes no tenían pinta de bromistas. Empezábamos a estar algo confusos. Proseguimos la visita con la mosca en la nariz, como dicen en mi tierra. Quedaba una sala más, antes de llegar a la zona de souvenirs. En ella, llamaba la atención una gran y desnuda pared blanca, donde se proyectaba un reportaje sobre la historia de las diferentes batallas soportadas por aquellos gruesos muros. Resolvimos quedarnos a verlo, pese a que todo estaba redactado en inglés y subtulado en el mismo lenguaje. Un sinsentido en mi opinión. Mientras disfrutábamos del video, trataba de poner a prueba mi nivel de aquel idioma, intentando traducir todo lo que podía. Sin darme cuenta, empecé a comprender a la perfección los diálogos, y no precisamente por haber aprendido el idioma británico de sopetón, sino porque lo hacían en mi lengua autonómica. Entendería un doblaje en castellano, pues es el tercer idioma más hablado del mundo, pero en catalán, no. Miré a Leticia, mi mujer, y sin decirme nada, percibí que le estaba pasando lo mismo. El misterio empezaba a incomodarnos, convenciéndonos a tomar la decisión de dar por finalizada la visita. No queríamos darle más importancia al asunto, siendo el primer día de vacaciones.

Antes de irnos, yo deseaba un recuerdo material de aquel lugar, pues anécdota para contar ya poseía una. Empecé a zigzaguear entre estanterías repletas de presentes hasta que me llamó la atención un libro titulado *The Little Gost of Edimburg*. En él, se explicaba una historia ocurrida a los Duques de Edimburgo en el siglo XIV. Por lo visto, durante el invierno de 1346, sumidos en una gran epidemia de peste, su única hija llamada Effie, perdió la vida a la tierna edad de 8 años.

Cuenta la leyenda, según explicaba el libro, que la madre de la niña, al verla en la cama, inerte, dejó caer sobre el pálido rostro de su hija, tres lágrimas de una tristeza tan pura que atrapó al alma de la niña, dejándola ligada al castillo para siempre. El infantil y juguetón espíritu, deambulaba libremente entre los muros, tomando el pelo a los viajeros y divirtiéndose al observar sus expresiones. No suelo creer en fantasmas ni en historias para no dormir, pero, ¿qué otra explicación podría darle?